

La crítica de las ideologías, en la filosofía de la praxis, aborda al conjunto de las superestructuras y afirma su caducidad rápida en cuanto tienden a esconder la realidad, esto es, la lucha y la contradicción, aun cuando sean "formalmente" dialécticas (como el stalinismo), esto es, aun cuando desplieguen una dialéctica especulativa y conceptual y no vean la dialéctica en el devenir histórico mismo.

— Antonio Gramsci

Agustín Cueva

El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo

Antonio Gramsci se ha convertido, a no dudarlo, en punto de referencia obligado de todos los estudios que actualmente se realizan sobre la cuestión estatal, tanto en Europa occidental como en América Latina. Desde cierto punto de vista el autor italiano aparece incluso como el verdadero fundador de la ciencia política marxista, por fin liberada, según se dice, del lastre del "dogmatismo" y el "economicismo" y, por supuesto, de la concepción "instrumentalista" del Estado que habría caracterizado al pensamiento leninista. De esta suerte Gramsci ha devenido una especie de anti-Lenin, dotado de incalculables proyecciones teóricas y aun políticas.

¿ En qué consiste ese aporte gramsciano que tanto revuelo ha causado en la ciencia política marxista? Al parecer se trata, en lo esencial, de que Gramsci habría demostrado, en contra de toda una tradición, que la clase dominante se impone como tal no sólo a través de la coerción, o sea de la violencia física, sino también mediante la "hegemonía", es decir, por medio de una "dirección intelectual y moral" capaz de asegurar incluso el "consenso activo" de los gobernados.

Lo cual es desde luego cierto, pero no constituye propiamente una novedad dentro del pensamiento marxista-leninista. La ideología alemana, de Marx y Engels, está enteramente dedicada a demostrar que las ideas dominantes en una sociedad son precisamente las de la clase materialmente dominante; y la obra toda de Marx (El Capital incluido) intenta poner en claro los mecanismos estructurales y superestructurales a través de los cuales el momento ideológico de la dominación se realiza: fetichismo de la mercancía, peculiaridad de la explotación centrada en la extracción de plusvalor relativo, propiedad y consiguiente control de los medios de producción y reproducción ideológica, etcétera.

Y en cuanto a Lenin, casi huelga aclarar que para él el proceso de dominación social comprende también un importante momento de dominación cultural que no se puede

ignorar. Son hartamente conocidas sus tesis al respecto,¹ como conocida es su concepción del partido como dirigente y maestro:

Educando al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente y el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía.²

¿En dónde reside entonces la novedad real del pensamiento gramsciano? Tal vez no tanto en sus escritos cuanto en una lectura muy particular de ellos, que tiende a separar el momento ideológico-cultural de la dominación de la clase de esa dominación misma. En este sentido, Christine Buci-Glucksmán, una de las más connotadas y sutiles intérpretes de Gramsci, fue muy clara al responder a una pregunta que le formuláramos en una entrevista para la Revista Mexicana de Sociología. Afirmó lo siguiente:

[. . .] creo que en tu pregunta hay una segunda intención más profunda que podría formularse así: ¿es acaso utópico pretender conquistar la hegemonía si precisamente antes de alcanzar el poder o por lo menos en una estrategia de lucha por el poder, la hegemonía no es sino una parte de la dominación? Si la hegemonía está ya dentro de la dominación es evidente que no puede ser conquistada. En cuanto a esto creo que hay que revisar el concepto de ideología y, adoptando el pensamiento de Gramsci como modelo de análisis, hay en él otra teoría de la ideología diferente a la de Marx en algunos aspectos. La cuestión de la ideología no puede plantearse simplemente en términos clasistas-instrumentales, es necesario hacer un análisis mucho más complicado.³

Se esté o no de acuerdo con sus planteamientos, hay que reconocer en la respuesta de Christine Buci-Glucksmán el mérito de la franqueza. En efecto, si se quiere encontrar a toda costa una novedad trascendental en las reflexiones de Gramsci, ello no puede desembocar en otra cosa que en una revisión del pensamiento del propio Marx y no sólo de las supuestas "desviaciones" ulteriores. En una perspectiva de este tipo el concepto de "hegemonía" adquiere ciertamente originalidad, en la medida en que ya no aparece como momento constitutivo de un proceso estructurado de reproducción social (reproducción de determinado modo de producción), sino como una dimensión autónoma de la sociedad que sería posible alterar cualitativamente aun antes de que la estructura de poder haya sido realmente trastocada. Visión que sin duda se sitúa en las antípodas de la de Lenin, para quien:

El proletariado necesita tomar el poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de "poner en marcha" la economía socialista.⁴

No se trata, pues, de que Lenin ignorara la necesidad de una dirección intelectual y moral de la sociedad o desconociera la dimensión "pedagógica" de todo quehacer político, elementos sin los cuales mal puede alcanzarse una verdadera "hegemonía": se

1 Recopiladas, por ejemplo, en la antología titulada Cultura y revolución cultural, ed. Progreso, Moscú, varias ediciones.

2 El Estado y la revolución, en Obras escogidas en tres tomos, t. 2, nil Progreso, Moscú, s.f., pp. 313-14.

3 "Entrevista con Christine Buci-Glucksmán", Revista Mexicana de Sociología, año XLII, vol. XLII, n. 1, enero-marzo de 1980, p. 297.

4 El Estado y la revolución, Obras escogidas, cit., p. 313.

trata de que, para él, estos elementos no pueden operar como "variables" independientes del poder tout court. Por eso, el problema de la conquista de la "hegemonía" en determinada sociedad no puede aparecer, según Lenin, como algo desvinculado de la conquista del poder político, so pena que de la teoría marxista del Estado y la revolución "no qued[e] en pie más que una noción confusa de un cambio lento, paulatino, gradual, sin saltos ni tormentas, sin revoluciones".⁵

Que Gramsci jamás llegó a formular tesis como las que Lenin critica parece la evidencia misma. Hasta donde conocemos, nunca renegó del leninismo ni olvidó que hay un momento militar (técnico-militar y político-militar según sus palabras) de la lucha de clases, que no puede ser sustituido por el solo combate ideológico. Al reflexionar sobre la lucha de las naciones oprimidas, por ejemplo, Gramsci habla de:

[...] una forma de acción política que posea la virtud de determinar reflejos de carácter militar en el sentido: 1] de que sea eficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica; 2] que constriña a la fuerza militar hegemónica a diluirse y dispersarse en un gran territorio, anulando en gran parte su capacidad bélica.⁶ Reflexión que muestra fehacientemente cómo Gramsci detecta con claridad la textura político-militar del poder y su intrincada dialéctica, a la vez que utiliza el concepto de hegemonía en un sentido bastante más amplio del que se registra en otros de sus escritos.

Esto, en el plano teórico más general, pues en verdad que en otro plano, más concreto, Gramsci introduce toda una perspectiva de análisis tendente a poner de relieve el nuevo "espesor" adquirido por el Estado capitalista de "Occidente". Es bien conocida su afirmación de que:

[. . .] al menos en lo que respecta a los Estados más avanzados, [. . .] la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera) : las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras de la guerra moderna[. . .]⁷

Al contrario de lo que ocurría en un país como la Rusia zarista, por ejemplo:

[. . .] en donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en "trincheras o fortalezas" [...]. En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas; en mayor o menor medida se entiende, pero esto precisamente exigía un reconocimiento de carácter nacional.⁸

Observaciones que, no está por demás recordarlo, son formuladas con el explícito propósito de respaldar las opiniones de Lenin en contra de la tesis trotskista de la

5 Ibid., p. 307.

6 Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno, Juan Pablos Editor, México, 1975, pp. 73-74.

7 Ibid., p. 94.

8 Ibid., pp. 95-96.

"revolución permanente" ; aunque al hacerlo, ciertamente, Gramsci incurre en más de una ambigüedad, tanto por imprecisión propiamente dicha como por omisión. Imprecisión, puesto que al plantear el problema en términos de "Occidente" y "Oriente" da pábulo a una lectura culturalista ulterior de sus escritos; y omisión, ya que al no poner en evidencia el sustrato económico del cambio de contextura de la "sociedad civil" y el Estado "occidentales", trunca a la vez que sugiere una rica veta de análisis. En este punto tocamos uno de los flancos más débiles del pensamiento gramsciano: su manejo insuficiente de la economía política, lo cual por un lado le impide interrogarse sobre las condiciones infraestructurales de constitución y desarrollo de la "hegemonía" burguesa, mientras por otro lado y correlativamente da margen a que sus reflexiones sobre la esfera política se vean afectadas por un grado tal de indeterminación, que hasta deja la impresión de convertir a la autonomía relativa de dicha esfera en una verdadera autonomía absoluta. Debilidad que desde luego constituye la "puerta falsa" por la cual habrán de colarse posteriormente todas las corrientes revisionistas.

El fenómeno que Gramsci analiza desde su peculiar perspectiva en las dos citas precedentes, ciertamente no es algo que escape a la percepción teórica de Lenin. En El imperialismo, fase superior del capitalismo, por ejemplo, Lenin está plenamente consciente de que el capitalismo, al llegar a su estadio imperialista, registra cambios no solamente de naturaleza económica sino también de índole política, que no pueden dejar de afectar a la contextura misma del Estado (ahora burgués-imperialista) y de su correspondiente "sociedad civil". El solo hecho de que el capitalismo se transforme en capitalismo monopolista de Estado dice ya bastante en este sentido, aunque obviamente el problema no se agota allí. Está claro, igualmente, que la obtención de superganancias en las áreas coloniales, semicoloniales y dependientes permite a la oligarquía financiera levantar ciertas "trincheras y fortificaciones" en el interior de su sociedad nacional, aunque sólo fuera mediante el robustecimiento de la aristocracia obrera (apoyo social de la burguesía, como dice Lenin,⁹ o gracias (es otro ejemplo) a la creación de "sistemas de participación" por acciones tendentes a forjar una imagen de "democratización del capital", que no por falaz deja de producir efectos ideológicos. Lenin llega incluso a afirmar que la exportación de capitales "imprime un sello de parasitismo a todo el país [imperialista, A.C.], que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar".¹⁰

No es el caso entrar a discutir aquí si estas observaciones de Lenin dan o no cuenta de todas las transformaciones ocurridas en la "sociedad civil" y en la esfera político-estatal de los países imperialistas. Lo más seguro es que no, en la medida en que se trata de anotaciones muy puntuales dentro de una reflexión que persigue otros propósitos, de índole más general.

Sin embargo, hay una cuestión metodológica que no cabe pasar por alto: para Lenin, las transformaciones a que hemos hecho referencia no son independientes del lugar que cada país ocupa en el seno de la cadena capitalista imperialista, de suerte que la propia "hegemonía" burguesa, en el sentido de una capacidad de "dirección intelectual y moral" (predominio ideológico), no está desvinculada de su hegemonía en el sentido más amplio del término: supremacía de un Estado sobre otro.¹¹

9 El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas, cit., t. 1, p. 699.

10 Ibid., p. 775.

11 Tal vez convenga recordar que el término hegemonía tiene en español dos acepciones: "Supremacía de un Estado sobre otros" y, fig.: "Superioridad en cualquier grado" (Martín Alonso: Diccionario del español moderno). Acepciones que grosso modo coinciden con las de la voz inglesa hegemony: "Leadership; predominance; preponderance of one state among others" (The new Webster encyclopedia dictionary of the English language). Igual que en italiano, como lo prueban los escritos del propio Gramsci. ¡Es curioso que la historia del imperialismo junte estas acepciones! Nosotros entrecomillamos el término al referirnos

Por demás está decir que con la reflexión gramsciana no sucede lo mismo: en esto radica su segundo flanco débil. Cuando Gramsci se refiere a la evolución del Estado en "Occidente", jamás menciona siquiera el hecho de que se trata de Estados imperialistas; dato que, por asombroso que pueda parecer, también tiende a ser sistemáticamente omitido por la mayoría de sus intérpretes y exégetas. Gracias a esta omisión, que dista mucho de ser peccata minuta, el importante aporte de Gramsci para la mejor comprensión de la forma (modalidad concreta) que la dominación burguesa asume en los Estados imperialistas será convertido, postumamente, en una especie de verdad ahistórica e indeterminada, en principio aplicable a cualquier Estado capitalista. Lo cual dificulta, como es natural, el análisis de la verdadera relación dialéctica que en la fase imperialista se establece entre los dos elementos constitutivos de toda dominación: la coerción y la "hegemonía".

En efecto, si uno se atiene a la mayor parte de los estudios pretendidamente gramscianos que circulan hoy en día, hasta pareciera ser que por fin el capitalismo ha alcanzado una etapa de "humanización" en la que la dominación burguesa ya no descansa en última instancia en "la boca del fusil", sino en la democracia y el consenso. El aparato represivo sin embargo está allí, protuberante como nunca, pero esa misma protuberancia tiende a ser percibida a menudo como una especie de garantía de una "seguridad nacional" amenazada desde el "exterior": casi como una muralla que la "civilización" se ve obligada a levantar para protegerse de las constantes arremetidas de la "barbarie".

Así, y por paradójico que pueda parecer, la doctrina de la seguridad nacional, doctrina que ningún latinoamericano medianamente progresista acepta como moneda de buena ley, de hecho ha llegado a ser asumida por muchos de nuestros homólogos "occidentales".¹² Y es que, en el fondo, algo hay de cierto en la idea de que tales aparatos represivos desempeñan determinada función de "seguridad nacional", aunque no precisamente en el sentido que oficialmente se les atribuye. Sin su presencia y constante crecimiento, las burguesías imperialistas mal podrían asegurar el flujo permanente de excedente económico desde las áreas dependientes hacia los centros metropolitanos, con lo cual sus propias posibilidades de dominar "democráticamente" en tales centros peligraría. Recuérdese, a título de ejemplo, que bastó con que en el rubro petrolero se nivelaran relativamente los términos de intercambio, para que los países imperialistas vieran fuertemente agudizada la crisis que sus propias contradicciones habían generado. Y es que hasta el simple derecho de viajar a "donde a uno se le pegue la gana" (orgullo de esos centros hegemónicos) es tanto más real y "democrático" cuanto mayor y más barato sea el combustible proveniente del mundo subdesarrollado. Sin duda el sistema capitalista funciona como un todo estructurado, tanto a nivel económico como en la esfera política, por más que entre cada uno de sus "eslabones" haya cierto nivel de discontinuidad, marcado por particularidades nacionales que sería necio desconocer.

En todo caso, conviene tener presente que la fase imperialista del capitalismo no se caracteriza por una tendencia general al predominio de las formas democráticas de dominación, sino más bien por un desarrollo desigual de su superestructura política, correlato inevitable del desarrollo desigual de la base económica. Ello determina una

al sentido restringido de "superioridad intelectual y moral", •1 "Itadership", y lo liberamos de las comillas cuando aludimos a la supremacía imperialista.

¹² Hay quienes estiman que el Estado "de seguridad nacional" es privativo de las áreas dependientes, cuestión que ameritaría una discusión más detenida. Aquí, doy por sentado que, en cierto sentido al menos, los Estados imperialistas son los principales defensores y aplicadores de la doctrina de "seguridad nacional".

suerte de división internacional de las modalidades de dominación en función del lugar que cada eslabón nacional ocupa en la cadena capitalista imperialista; división particularmente acentuada a partir de la segunda posguerra, cuando de modo deliberado se refuerzan algunos eslabones del sistema con el fin de levantar un "dique" frente al avance del socialismo. Gracias a dicho reforzamiento se crean "polos de desarrollo" en donde las contradicciones del sistema tienden sin duda a atenuarse, permitiendo el "florecimiento" de la democracia burguesa; pero a costa, como es natural, de la acumulación de contradicciones en la "periferia", que no tardará en mostrarse como un "tercer mundo" o "mundo subdesarrollado", en el que aquella democracia estará lejos de florecer.

Y es que el predominio de formas "consensuales" o represivas de dominación burguesa no depende de factores "culturales" o meramente ideológicos, ni de un indeterminado "desarrollo político", sino de la configuración estructural de un sistema que incluso determina que la misma clase dominante que por un lado parece imponerse en virtud de su capacidad de "dirección espiritual y moral" (en los eslabones fuertes primordialmente), por otro lado necesite aplicar niveles supremos de violencia en los eslabones débiles, sobre todo cuando allí se desarrollan movimientos sociopolíticos que buscan alterar significativamente dicha configuración (movimientos de liberación nacional). No está por demás recordar, a este respecto, que son los mismos aparatos armados supuestamente "democráticos" y "apolíticos" de los Estados Unidos y algunos países de Europa Occidental —los mismos, ni más ni menos— los principales encargados de desestabilizar a los regímenes progresistas del Tercer Mundo, cuando no de aplicar en éste, de manera sistemática, desde la tortura hasta el genocidio. Afirmación que conserva su validez aun cuando aquellos aparatos consiguen sacar las castañas del fuego con mano ajena : después de todo, la eficacia represiva de los ejércitos "gorilas" de América Latina no deriva de ninguna tradición autóctona de "barbarie", sino del entrenamiento, asesoramiento y apoyo logístico proporcionados por los centros "democráticos" de Occidente, de donde proviene, además, lo medular de su alimento ideológico.

Sabemos que estas constataciones pueden sonar un poco "brutales", en la medida en que hieren cierta visión del mundo que el propio sistema nos impone, casi como un "sentido común". En efecto, uno de los mayores espejismos que genera el sistema imperialista es el de una articulación lineal y no estructural de sí mismo, según lo cual pareciera que la textura de sus puntos más "avanzados" poco o nada tiene que ver con la de sus lugares "atrasados", ni siquiera en el plano económico y menos aún en el político: como si el comportamiento de gentleman que la burguesía exhibe en sus centros imperiales fuese completamente ajeno a las tropelías que comete en la "periferia", anverso y reverso de una única medalla.

De acuerdo con esta distorsión ideológica, el problema de la "hegemonía" o no "hegemonía" de la burguesía en determinado espacio aparece como una cuestión exclusivamente interna, es decir nacional, desvinculada de la otra hegemonía, sin comillas, que se articula con una envergadura internacional y constituye el verdadero soporte de la primera. Hay, desde luego, una flagrante contradicción entre este supuesto y la práctica política de las potencias capitalistas, que en ningún momento olvidan que el sistema tiene que ser preservado como una totalidad articulada; pero esta contradicción, bien lo sabemos, es ideológicamente disuelta mediante el recurso a la mítica presencia de un enemigo situado "extramuros": los aparatos represivos del imperialismo jamás actúan, supuestamente, en función de las contradicciones del propio sistema, sino siempre en respuesta a amenazas "exteriores" a él.

Por otra parte, el hecho de que los países imperialistas sean efectivamente los más avanzados en términos de desarrollo de las fuerzas productivas tiende a su turno a crear otra imagen falaz: la de que también lo son en el terreno político. Cuestión que por lo menos habría que matizar. De una parte y como ya se vio, es verdad que estos países han logrado, a través de su supremacía imperial, crear determinadas condiciones históricas que tornan viable una forma de dominación democrático-burguesa relativamente sólida y estable. En este sentido, es cierto que su superestructura política interna es más avanzada que la de los países capitalistas dependientes, en donde la democracia burguesa no es precisamente la norma. Pero este mismo hecho supone una situación muy particular que Gramsci percibió con toda lucidez: el fortalecimiento de las "trincheras y casamatas" de la "sociedad civil" o, lo que es lo mismo, de las diversas instancias a través de las cuales se consolida el dominio burgués sobre el conjunto de la sociedad. Lo cual significa que en este tipo de países (que por algo son eslabones fuertes del sistema) la perspectiva de la lucha de clases se encuentra enormemente limitada por la solidez de la "sociedad civil" burguesa; para no hablar del aparato armado, infinitamente más poderoso, tecnificado, ideológicamente compacto e internacionalmente integrado que el de los países dependientes.¹³

Gramsci insistió, por lo demás, en que esta solidez de la sociedad civil y del Estado en los países imperialistas persiste incluso durante las grandes crisis económicas. Con expresivas metáforas escribió que en tales países

ni las tropas asaltantes, por efectos de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y en el espacio, ni tanto menos adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aun entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir. Las cosas, por cierto, no permanecen tal cual eran, pero es verdad que llegan a faltar los elementos de rapidez, de ritmo acelerado, de marcha progresista definitiva que esperaban encontrar los estrategas del cadornismo político.¹⁴

Cuestión en la que Gramsci no se equivocó y a la cual —hay que ser justos con él— jamás llegó a considerar como un privilegio "democrático". Lo menos que cabe decir es que tal situación no le entusiasmaba demasiado.

Sea de esto lo que fuere, es innegable que en los eslabones fuertes se ha desarrollado una contextura estructural caracterizada simultáneamente por la flexibilidad y la resistencia, que al mismo tiempo que ha ampliado el espacio reformista ha disminuido las posibilidades de una ruptura revolucionaria, y a la par que ha permitido la vigencia de formas democrático-burguesas de dominación ha opuesto una sólida barrera para su superación. De suerte que, si bien la superestructura política de los países "avanzados" del capitalismo registra en cierto sentido (desarrollo de la democracia burguesa) un correlativo avance con respecto a la de los países subdesarrollados, desde otra perspectiva, que es la de las posibilidades de una transformación revolucionaria, involucra actualmente un considerable retraso en relación con el Tercer Mundo. La experiencia histórica de los últimos diez años, para no remontarnos más allá, confirma plenamente la hipótesis de que la cadena imperialista tiende a romperse por sus eslabones más débiles.

Ahora bien, el problema que acabamos de plantear se torna tanto más complejo en el plano político, cuanto que dicho retraso no siempre es percibido como tal por los

¹³ Comparado con la OTAN, por ejemplo, la CONDECA ha demostrado ser finalmente bastante frágil.

¹⁴ Op. cit., p. 94.

teóricos progresistas del mundo "desarrollado". Algunos tienden incluso a convertir esta limitación en virtud, haciendo del obligado "gradualismo" una especie de vía ideal ("democrática") de transición hacia una vaporosa utopía que, por su misma ingravidez histórica, está de antemano exonerada de todos los problemas, sacrificios y errores de lo que despectivamente denominan "el socialismo real". Convencidas de que la bourgeoisie obligue, las corrientes eurocomunistas, por ejemplo, esperan ahorrarse los dolores del parto de una nueva sociedad, que cuentan con alumbrar con la sola mediación de una ordalía ideológica que llevaría a la "conquista de la hegemonía". Así como en los tiempos de Marx y Engels hubo una "ideología alemana" que creía realizar una revolución de tal magnitud que, a su lado, hasta la gran revolución francesa aparecía como un simple juego de niños, asimismo ahora hay una "ideología europea" (hablo naturalmente de la revisionista) que con su revolución imaginaria deja chicas a todas las revoluciones reales hasta hoy conocidas.

Por lo demás, toda esta ideología no articula a una falacia más, que surge de la exposición de una verdad a medias: la afirmación de que la democracia burguesa vigente en los eslabones fuertes se explica, de manera indeterminada, por la lucha de sus clases populares. Verdad a medias, decimos, puesto que aquí también se omite algo que es más que un mero detalle: los parámetros estructurales del sistema que han permitido que esa lucha de clases, que nadie pretende ignorar, produzca ciertos efectos y no otros, como los que se registran en los países subdesarrollados por ejemplo. ¿O CH que se piensa, seriamente, que Suiza es más democrática que Guatemala porque en el país alpino la lucha de clases es y ha sido más intensa?

Para nosotros, latinoamericanos, lo grave de todo esto radica en que tales ilusiones vienen ejerciendo influencia en ciertos medios intelectuales progresistas e incluso en algunas organizaciones políticas de izquierda. Lo cual resulta paradójico, por decir lo menos, en un momento en que el imperialismo desarrolla sus aspectos más belicistas y agresivos, sin apartarnos de su mira.¹⁵ En lo que a los círculos intelectuales concierne, dicha paradoja se explica en buena medida por las propias condiciones objetivas de producción del pensamiento social institucionalizado en la América Latina capitalista. Pero también hay en tal postura mucho de snobismo y dependencia intelectual, siempre resulta más elegante glosar el último libro europeo que escudriñar a fondo nuestra realidad o rescatar el inmenso acervo revolucionario acumulado por los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Por lo demás, es verdad que la Sierra Maestra cubana, como la jungla vietnamita, los desiertos sajarahuís o la montaña nicaragüense, son lugares poco propicios para el desarrollo de cierto tipo de refinamientos intelectualistas. No quisiéramos, sin embargo, que de lo dicho hasta aquí se infiriera que postulamos pasar por alto la complejidad de determinados problemas, negar la importancia de las luchas democráticas, o tomar en este mismo instante el cielo por asalto. De sobra conocemos que el mundo de hoy se ha tornado más intrincado y contradictorio que nunca; pero pensamos que ninguna frondosidad o enmarañado follaje deben hacernos perder de vista los perfiles del gran bosque. Lo complejo supone un cúmulo de sobredeterminaciones de diverso género que se entrelazan con las determinaciones de base, pero sin abolir ni alterar lo sustancial de una matriz estructural que de otro modo dejaría de ser tal.

¹⁵ Este artículo fue redactado, en una primera versión, hace más de dos años; desde entonces para acá la agresividad del imperialismo no ha hecho más que acentuarse, culminando, entre otras cosas, con la invasión de Granada, bochornoso evento que recibió la desembozada aprobación del Parlamento Europeo.

Tanto el Estado de los países "avanzados" como el de las áreas subdesarrolladas han sufrido mutaciones importantes en la fase imperialista y, más aceleradamente aún, en los últimos treinta años; el dominio burgués se ha tornado más sofisticado y complejo y sus formas de reproducción ideológica han alcanzado un grado de "tecnificación" antes desconocido, aunque sólo fuese por el enorme desarrollo de todos los mass "media controlados por el imperialismo. Mas no por esto el Estado capitalista ha dejado de ser lo que en esencia es, ni de asentarse en última instancia en el ejercicio de la violencia. De una violencia "racionalizada", claro está, es decir, dosificada y actualizada en función de sus necesidades, intereses y posibilidades, pues ningún Estado golpea con palo de ciego como no sea en el momento de sus estertores finales.

Es innegable que en este contexto la lucha ideológica se vuelve más indispensable que nunca, pero a condición de que apunte a desenmascarar al sistema y no a proporcionarle "novedosas" antiparras; y de que sea capaz de romper con el "sentido común" impuesto por la dominación en lugar de moverse dentro de él como en un círculo vicioso.

Por otra parte, creemos que ya es hora de analizar críticamente algunos de los mitos que últimamente han venido forjándose, y no por casualidad, en torno al problema de la democracia en América Latina.

En primer lugar es falso que la izquierda latinoamericana haya descuidado este problema hasta antes de recibir la última

"iluminación" metropolitana. La revolución cubana triunfó como abanderada de la democracia en contra de la tiranía batistiana; la experiencia chilena fracasó en gran medida por llevar su vocación democrática hasta sus últimas y casi suicidas consecuencias; el movimiento sandinista encarnó y sigue encarnando las aspiraciones democráticas de su pueblo, que obviamente no hay que confundir con las de cierta "iniciativa privada". Por lo demás, y en un contexto estatal tan poco democrático como el latinoamericano, resulta casi una ironía "recordarles" a las masas que hay que luchar en favor de la democracia: es lo que vienen haciendo desde siempre, por muchos errores que hayan podido cometer en su camino. Pero, en un contexto igualmente marcado por las más atroces desigualdades sociales, también resulta fuera de toda sensatez pedirles que no traten de imprimir un sello específico a esa democracia: después de todo es comprensible que los mineros bolivianos se planteen el problema en términos "algo" diferentes que el obrero alemán o escandinavo. La democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados contenidos.

En segundo lugar es asimismo falsa la aseveración de que la izquierda "ha fracasado" en América Latina por no haberse percatado de que, junto a las reivindicaciones estrictamente proletarias, debía incluir también las de índole nacional y popular democrática. Si dé algo ha pecado la izquierda latinoamericana en algún momento de su historia es más bien del error contrario: no haber logrado imprimir una dirección proletaria a tantos y tantos movimientos democráticos y nacionalistas. El problema se ubica en síntesis en otro nivel: ¿cómo recuperar lo nacional popular sin caer en el nacional-populismo que algunos parecen añorar? Es la vieja cuestión que se viene debatiendo desde los tiempos de Mariátegui, Mella y Haya de la Torre y que seguirá, seguramente por largo tiempo, obsesionando con razón al pensamiento político latinoamericano. Como quiera que sea, es pertinente recordar que la necesidad de forjar una "voluntad nacional popular", como ingrediente necesario de nuestra liberación, la formuló claramente José Martí un siglo ha.

En tercer lugar —y queremos que esto quede bien claro— no pretendemos negar la enorme y decisiva importancia que la lucha por la democracia tiene en América Latina. En una región como la nuestra, assolada permanentemente por las más oprobiosas dictaduras, casi parece superfluo insistir en que las reivindicaciones democráticas

constituyen una de las más altas banderas de combate. Pero una cosa es reconocer este hecho y bregar porque se abran espacios democráticos cada vez más amplios para que a través de ellos se expresen las aspiraciones más profundas de las masas y su lucha avance; y otra, muy distinta, hacerse ilusiones sobre el contenido de la democracia burguesa y hasta convertir a ésta en meta final de la humanidad. Todo es cuestión de saber de qué lado uno se coloca históricamente.

En cuarto lugar y para evitar que nuestros planteamientos se confundan con los de cierto ultrismo infantil, conviene pensar que no postulamos que la revolución esté al orden del día por doquier en América Latina, al margen de los contextos nacionales concretos y de las respectivas correlaciones de fuerzas. Estamos convencidos de que América Latina constituye una unidad no solamente cultural sino histórica, en el sentido más fuerte del término, puesto que está dotada de una misma tradición, un mismo enemigo común y un similar anhelo de liberación; pero aspiramos a ser lo suficientemente dialécticos como para entender que se trata de una unidad no sólo en la adversidad sino también en la diversidad: cada país tiene, como es obvio, sus peculiaridades y un propio ritmo de desarrollo de sus contradicciones, que a no dudarlo imprimen modalidades específicas y tiempos diferenciados a su lucha de clases. Articular estas particularidades con la universalidad del problema que hemos intentado rescatar, es justamente el gran desafío que la historia nos plantea.